

Desdén

Andreina Hagenaar Satizabal

Desdén

Andreina Hagenaar

Capítulo 1

Desdén

El cuerpo de Mary Ann yacía en la cama del hospital local, la morfina le daba alivio solo por unas pocas horas al malestar causado por la quimioterapia. que le daba poca o casi nada de tregua.

Su nombre real era Ana María Gonzaga pero desde que se mudó a Canadá había adoptado el nombre de Mary Ann. Era una mujer joven de tez oscura que había cautivado los ojos azules de un canadiense alto y rubio. Mary Ann ha tenido la vida que cualquier mujer pudiera desear, su esposo Abogado de profesión trabajaba para uno de los bufetes más prestigiosos de Vancouver.

Mary Ann no tenía que preocuparse por nada, luego de despachar a sus tres hijos al colegio, acostumbraba a sentarse a tomar café todas las mañanas y mirar televisión en su amplia sala, sobre sus muebles de cuero costosos.

Tenías un par de amigas también hispano hablantes que al igual que ella pertenecían a esa alta sociedad, se ponían de acuerdo cada quincena para tomar café y comer un pastel en un lujoso café de la ciudad.

Caminaba con la frente en alto, orgullosa de ser afortunada, de tener el esposo perfecto, la casa perfecta, de saborear los manjares más exquisitos, de las cenas y las flores de aniversario, de los viajes por el mundo entero. Sus conversaciones se centraban en los espectáculos naturales que sus ojos habían presenciado, la aurora boreal en Noruega, la vía láctea en la Isla de Bali, avistamiento de ballenas en las costas de Nueva Zelanda, el hotel siete estrellas en Dubái, su palabra predilecta: Fenomenal!.

Angélica abre la puerta con mucha cautela para no hacer ruido y no despertar a Mary Ann, Angélica es una joven de origen suramericano que desde hace poco más de un año terminó sus estudios y trabaja en el hospital como enfermera. Angélica y Mary Ann se conocían desde hace unos años atrás, se toparon por primera vez cuando Angélica trabajaba limpiando el gimnasio al que asistía Mary Ann todas las tardes a entrenar. No se podían negar, esas caras de latinas inconfundibles.

Aquella tarde luego de la rutina de Yoga, salió Mary Ann dispuesta a tomar su auto, cuando vio a Angélica limpiando el piso de la recepción, no pudo aguantar la curiosidad de preguntarle en español:

¿De donde eres?

Angelica levantó la mirada y le respondió:

Soy Salvadoreña, y tu?

Mary Ann le respondió:

Yo soy Uruguaya. Que gusto en conocerte, no veo muchas chicas latinas por aquí.

Dejando la última expresión en el aire se volteó para salir por la puerta.

Antes de perderse de vista, giró, le miró y le dijo:

-Seguro que te veré seguido por aquí.-

Le guiñó el ojo y se perdió tras la puerta de cristal.

Mary Ann, la invitó una tarde a tomar café un día, le preguntó los detalles de su vida en El Salvador y de su vida en Canadá, le contó sobre su maravillosa vida y su maravilloso esposo, sobre sus hijos con una inteligencia heredada, y sobre sus planes para el futuro.

Sentadas en la sala de su hermosa casa, no podía evitar mirarla de arriba a abajo con las cejas muy arqueadas, detallando la ropa barata que llevaba, los zapatos desgastados por el pavimento de Vancouver.

Mary Ann se sentaba con sus amiga de clase alta en el café como de costumbre, les comentaba que sentía pena por Angélica, porque era una chica hermosa casada con un hombre pobre, y que tenía que trabajar limpiando pisos y retretes. Les comentó que había hecho una limpieza de sus armarios y le había regalado dos bolsas de ropa y zapatos que ya no usaba.

Cuando Angélica tomó el brazo de Mary Ann para tomar la presión arterial, ésta despertó súbitamente, miró a Angélica con su rostro pálido, y sus labios agrietados, tomó con sus manos las manos de ella y le dijo: Angélica, que bueno que estás aquí, estaba esperando verte.

En las uñas de Mary Ann aún quedaban vestigios del último manicure. Y en su rostro demacrado solo sonreía la muerte.

Con un poco de dificultad levantó la mirada hacia Angélica, aclaró su garganta y prosiguió:

Tengo que pedirte perdón, perdón por haberte tratado con tanto desdén, tu no merecías mi misera amistad, te pido perdón por haberte mirado como un ser sin valor, tu me ofreciste tu amistad verdadera, yo solo sentía lastima por ti.

Una crisis de tos la obligaron a detenerse; tomó agua del vaso que Angélica le ofreció para intentar calmar la tos agobiante.

Estiró el brazo tembloroso hacia la mesa de noche junto a la cama, donde reposaban los arreglos florales y los globos que decía: ¡Mejórate pronto!

Luego de secar sus labios con la mano miró a Angélica y le confesó:

No imaginas cuantas veces mentí para cancelar nuestras citas, incontables veces, tantas veces que me invitaste y yo solo inventé tontas excusas, las que pensé que te creerías.

Con aquella mirada sepulcral siguió diciendo:

Yo, solo no podía soportar tu pobreza. Yo no merezco que siquiera me atiendas en estas horas de calamidad. Te quiero pedir desde el fondo de mi alma perdón.

Mary Ann se detuvo un momento, agobiada por el dolor en su estómago.

Angélica le miraba atentamente y trataba de calmarla acariciando la frente y apretando sus manos, mientras decía:

Tranquila, tranquila. Guarda un poco de calma.

Mary Ann apretaba las manos de Angélica cuando estalló en llanto y entre sus sollozos y solo se le oía decir:

¡Yo no me quiero morir! ¡Yo no me quiero morir! Yo no me quiero.....

Luego, una crisis de tos y tras un vómito incontenible, se recostó sobre la almohada, mientras daba sus últimos respiros aletargados, uno detrás del otro, los cuales se hacían menos audibles.

Angélica al ver el estado de Mary Ann, gritó de inmediato a su compañera: Se nos muere!, se nos muere la paciente de la habitación cincuenta y uno! Mientras esperaba que llegara el personal médico a la habitación Angélica tomó la mano de Mary Ann, y acarició su frente. Y le susurró al oído: ¡Te perdono!

Con el último respiro de Mary Ann, se apagó su ser y con él se apagó su orgullo y se terminó su desdén.